

ráronle las puertas las ciudades, abandonaron los aldeanos á sus libertadores, y los insurgentes fueron batidos en Castelnaudary. El duque de Lorena, que se armaba en interés de España y Francia, fué obligado á abandonar su país á Francia, que adelantó sus fronteras hasta el Mosa y el Rhin, y pereció la nación lorenesa. Herido Montmorency, fué hecho prisionero en el campo de batalla, procesado y decapitado, á pesar de todas las súplicas que intercedieron en su favor (1682). El implacable ministro probaba al derramar sangre tan ilustre, que ni la categoría, ni la gloria, ni los servicios hallaban gracia ante él. Sabía que en Francia abundaban las virtudes militares, y que entre la nobleza era tan comun el valor como rara la obediencia. Ahora bien, quería que obedeciese, y que las personas más altas se doblasen, aunque fuera bajo el hacha del verdugo.

Sordo á la compasión y prestando sólo oídos á la razón de estado, caminó Richelieu imperturbablemente á su objeto, y no retrocedió ante ningún medio para constituir fuertemente la monarquía. Anuló las concesiones que Enrique IV y María de Médicis se habían visto obligados á hacer á la religión reformada, al feudalismo, á las provincias, y extinguió el espíritu nobiliario y provincial de que Francia había vivido hasta entonces.

Conociendo cuán aborrecido era, procuró arraigar su poder profundamente. Habiendo muerto este condestable no proveyó este destino; compró por 1.000.000 al duque de Montmorency el cargo de almirante. Nombrado superintendente del comercio y de la marina, se ocupó en su restauración; y al par que hubo necesidad de fletar buques toscanos para ir en busca de María de Médicis, y á pedir el socorro de los ingleses contra la Rochela, dos años bastaron á Richelieu para equipar veintitres buques de guerra, entre los cuales se tuvo por una maravilla la *Corona*, de setenta y dos cañones. La guerra y la diplomacia fueron los dos únicos ramos de gobierno de que se hizo caso; se economizaba en todos los demas, aspirando á moderar los gastos.

En lo interior se ocupó también en destruir las causas de tumultos y revueltas. No quiso que los calendarios contuvieran predicciones

alarmantes. Sometió los libros á la censura, mandó cerrar la tabernas á horas fijas, prohibió usar armas, dió decretos sobre los comestibles, los carruajes y la limpieza. El clero fué muchas veces inducido á obligado á imponerse subsidios. En 1629 le ocurrió á Richelieu poner un derecho de 30 sueldos por cada libra de tabaco que no procedía de las islas francesas. Favoreció los establecimientos de la Martinica de la Guadalupe, de la Tortuga, del Canadá, y alentó á las compañías en interés del comercio, ignorándose todavía que necesita libertad ante todo. Habiendo encontrado exhausto el tesoro, recurrió á expedientes extraordinarios, reanimó el crédito estableciendo un orden severo en la contabilidad, y tan perfectamente supo oponer obstáculos á las dilapidaciones, que el sitio de la Rochela costó dos terceras partes ménos que el de Montauban, aun habiéndose empleado un ejército mucho más fuerte. Cuando se libertó de los embarazos que resultaban de las guerras, de las disensiones domésticas, de las pasiones de la reina, del espíritu turbulento de la nobleza, Richelieu no perfeccionó, pero caminó al perfeccionamiento. Introdujo en los negocios una severidad desconocida hasta entonces. A veces se engañó en los medios; pero siempre aspiró á la grandeza de la Francia, y quiso obtenerla con economía y orden en los gastos.

Nunca había manifestado el poder tanta firmeza para atraerse todas las fuerzas sociales triunfando de todo lo que resistiera, ora fuese el Austria, ora la familia real, ora la nobleza, y empleando como instrumentos la guerra, la marina, la literatura. De esta suerte allanaba Richelieu el camino á la monarquía absoluta de Luis XIV; pero al mismo tiempo se hacía precursor de la revolución. Efectivamente, sustituyendo la nobleza de corte á la valiente nobleza de provincia, sembraba gérmenes de trastornos distantes; destruyendo las ideas del deber, la obediencia que imponía por fuerza había de producir revueltas. Apartando todos los obstáculos que cercenaban la autoridad de los reyes, no dejó ninguno para oponerse á sus caprichos, que debían provocar una reacción. Hizo al ministro omnipotente; pero su nombramiento y su destitución dependieron del monarca, á quien ya nada puso límites en sus excesos, y cuyo trono ya no se apoyó en ade-

lante, ni en el afecto ni en el interés de los súbditos. En suma, Richelieu dió á la monarquía una gran majestad; pero no se apercibió de que detrás de ella se levantaban el poder del pensamiento y la inteligencia filosófica, muy temible bajo otro concepto, á lo cual no se extendió su dominio.

Richelieu, maestro de Luis XIII, tenía por maestro suyo al padre José, de la noble familia de Tremblay. Habiendo conocido su actividad y la prontitud de su inteligencia, se le hizo adicto. Llamábanle la *eminencia gris* por su hábito de franciscano, y Richelieu le denominaba su brazo derecho. Le había confiado las negociaciones más espinosas en Italia, en Suiza, en Alemania. Así decía: *Nadie puede hacer la barba á mi capuchino por muy larga que la lleve*. Consagrado enteramente á su patria, grande en sus ideas políticas, éste frile pensaba en una cruzada para la emancipación de la Grecia. Sometía proyectos gigantescos al rey y á su ministro, y sustentaba la energía de ambos en sus instantes de desaliento; porque haciendo ver la vida religiosa un deber, una misión en cada cosa, impide dejarse abatir por el mal éxito ó por la ingratitud. En el momento en que estaba próximo á espirar, el cardenal llegó á decirle: *¡Valor, padre! Brisach es nuestro*; y sus ojos brillaron aún con viva lumbre. Pero se extinguió muy en breve, y Richelieu exclamó de resultas: *Pierdo mi consuelo, mi único apoyo, mi confidente, mi amigo*.

Mucho le necesitaba para sostenerse en medio de las conjuraciones que se multiplicaban en su contra, y á la cabeza de ellas se encontraba siempre el duque de Orleans, que hasta aspiró á hacer que cayera bajo el puñal de un asesino. Mientras que para humillar al Austria en la guerra de treinta años favorecía en Alemania á los protestantes, á quienes abatió en Francia, los españoles invadieron la Picardía, la Borgoña y la Guiana: París tembló; hasta el mismo Richelieu sintió susto; cediendo á la indignación pública iba ya á abandonar el ministerio; pero reanimando el padre José su valor le aconsejó que montase á caballo y recorriese las calles de París como si no temiera nada. Esta intrepidez le granjeó nuevamente la voluntad del pueblo, quien le acompañó con sus aplausos. Así á su vuelta le estrechó entre sus

brazos el enérgico capuchino exclamando: *¿No os digo que erais una gallina mojada y que con un poco de audacia y frunciendo las cejas volverais las cosas á su antiguo ser y estado?*

Con efecto, los enemigos son rechazados, el duque de Orleans se reconcilia, y el rigor comprime los disturbios que engendra la imposición de nuevos tributos. Pero á este tiempo estaba urdida una conjuración más seria por el marqués de Cinq-Mars. Había sido colocado por Richelieu en calidad de caballero mayor cerca de Luis XIII para apartar de su lado á toda persona mal dispuesta hacia el ministro; pero cansado de su papel de espía, fuerte con el ascendiente que sobre el rey ejercía, resolvió aprovecharlo, le reconcilió con muchos de la oposición, y se entendió con éstos para derribar á Richelieu y restablecer el partido feudal. Contrariado en sus esperanzas el versátil Gaston de Orleans con el nacimiento del delfín, á quien proclamaba bastardo, entró en la trama, y el ministro español Olivares prometió ayudar á los conjurados.

Richelieu, enfermo entonces, ignoraba la conjuración que se urdía en su daño, y no hubiera estado en disposición de destruirla; pero sus espías, siempre en acecho, le proporcionaron el tratado de Cinq-Mars con la España. El caballero mayor fué preso y decapitado, juntamente con el hijo del historiador de Thou. Inducido por el miedo el cobarde Gaston de Orleans á confesar sus manejos, fué degradado por el perdón, y el cardenal se ostentó de resultas más poderoso, porque estas tramas, urdidas con el extranjero, ponían de manifiesto lo mucho que tenía de nacional.

Richelieu había adoptado en la política interior el plan de Enrique IV, procurando sustituir una balanza política á la unidad que había roto la reforma. Para arrebatarse al Austria la supremacía quitó á la Francia la iniciativa intelectual, no ménos que para conciliarse un puesto de mediador entre el espíritu germánico y el espíritu romano; combatió á la España é intervino en la guerra de los treinta años, preparando así á la Francia á una paz que la restituyese la importancia que le habían quitado sus discordias intestinas.

En el lecho de muerte (1642) escribía al rey: *Señor, vuestras armas están en Perpiñan y*

vuestros enemigos destruidos. Y como su confesor le exhortara á perdonar á sus enemigos, le contestó: *Jamás tuve otros enemigos que los del Estado*. María de Médicis le había precedido pocos días al sepulcro.

Richelieu fué el hombre más insigne de su tiempo si se miden sus actos, no por su moralidad, sino por su objeto. Ofrece el verdadero modelo de un ministro, si conviene á este puesto un juicio excelente, un espíritu desenvuelto, aptitud para concebir grandes cosas y perseverancia para ejecutarlas, sin debilidad de corazón, sin escrúpulo de virtud, sin miramientos á la moral ni á la opinion. Escribía en su testamento: «Prometí al rey emplear toda mi industria, y la autoridad que le pluguiera atribuirme, en extirpar al partido hugonote, en abatir el orgullo de los grandes, en reducir á todos los súbditos al cumplimiento de su deber y en levantar su nombre entre los extranjeros hasta el punto que le conviene.» Tan exacta idea tenía de la obra que había comenzado. Tuvo en medio de aquella multitud de grandes que había humillado, y en todos los protestantes, terribles enemigos. Así los castigos ejercidos en virtud de la estricta legalidad y de la necesidad en que se hallaba de reprimir á los nobles turbulentos y á los hugonotes rebeldes, parecieron resultado de venganzas personales.

Es muy difícil discernir lo verdadero de lo falso en esa multitud de anécdotas de que han sido objeto sus amores. Haciendo entrar la política hasta en la galantería, procuró hacerse agradable á los ojos de la reina Ana de Austria, y llegó á dominarla, por cuyo medio consiguió tenerla apartada siempre del lado del rey.

Distribuyó en su testamento con una gran generosidad sus riquezas; legando al rey el Palacio Cardenal, que, bajo el nombre de Palacio Real, debía llegar á ser posteriormente centro del lujo, de las intrigas y de la corrupción. Escribía con facilidad, inventaba asuntos para los poetas cómicos, y se le atribuye la historia de Mazarai. Hizo también la tragedia de Mirame, representada delante del rey y de la reina con máquinas por las cuales se figuraba la salida del sol y de la luna, y aparecer á lo lejos el mar cubierto de bajeles. Dejó además obras de teología, así como sus memorias y su testamento político, manual de las trapisondas de

gabinete. Protegió las letras, ó, por mejor decir, á ciertos escritores que, celebrando sus alabanzas, debían hacer ilusión á la posteridad, porque más de un hombre experimenta al envejecer la necesidad de respirar los perfumes de la gloria. Muchas gentes de letras se reunían en casa de Valentin Conrart, calvinista, que no tenía de sabio más que la pretension de pasar por tal, y en cuya casa platicaban puntos de política y de literatura. El espíritu receloso de Richelieu concibió la idea de tomar esta reunion bajo su patrocinio, es decir, de colocarla bajo la dependencia del gobierno. Aunque la proposición sedujo poco á las gentes que conocían su objeto, no osó nadie resistirse; así se creó la Academia, que redujo también á las letras á sufrir, como todo lo demás, la disciplina monárquica.

Los miembros de la Academia fueron en número de cuarenta, y para mantenerla mejor bajo su dependencia, Richelieu dió allí entrada á los grandes dignatarios. La lengua fué la principal ocupación de esta asamblea, y ella fué la que publicó el mejor diccionario. Más de una vez sirvió á las pasiones del ministro, y muchos de sus miembros sostuvieron en sus escritos los principios despóticos que seguía. Gabriel Naudé publicó entonces sus golpes de Estado, donde justifica, al estilo de Maquiavelo, las iniquidades provechosas, y demuestra que el fin santifica los medios. Balzac sostiene en el libro del Príncipe que el rey puede todo lo que quiere, y que le es gustoso prender á un ciudadano por una simple sospecha, en contradicción de lo que predicaban los jesuitas desde el púlpito.

También hubiera querido Richelieu poner á la Iglesia bajo la dependencia de la monarquía. No economizó escritos ni manejos para abatir la supremacía pontificia, y para atraer los nombramientos al gobierno, y de seguro no dependió de su voluntad que Francia dejase de ser cismática, según veremos más adelante.

Lo que hemos dicho de Richelieu nos dispensará de hablar de Luis XIII, quien murió poco después de su ministro á la edad de cuarenta y dos años. Sombrío y melancólico, este príncipe no disfrutaba los placeres de la grandeza, ni las delicias de la vida privada. Abandonando sin pesadumbre á sus enemigos y á

sus queridas, tenía necesidad de ser dominado, y sin embargo, no sabía resignarse á la dominación. A pesar de tantas intrigas y del desvío que experimentaba hacia su ministro, no podía pasarse sin él, porque cubría su nulidad, y supo mantener á la Francia grande y temible en medio de sus numerosos enemigos.

En medio de una corte depravada, la devoción templó en Luis XIII su afición al bello sexo. Necesitaba de una favorita que se ocupara especialmente de su persona, como de un ministro para tratar los negocios en su lugar. Así, mademoiselle de Hautefort, ligera é indiscreta, no pudo mantenerse en favor, mientras que mademoiselle de la Fayette, amable y virtuosa, conservó sobre él grande imperio. Jamás amó á Ana de Austria, hasta tal punto, que se creyó estéril su tálamo por largo tiempo. Pero al fin, cuando se anunció la preñez de la reina se multiplicaron las predicciones. Entre otros, un pastor anunció que Santa Ana se le había aparecido, anunciándole que la reina pariría el sábado 4 de Setiembre. Con efecto, este día sintió los dolores del parto; pero no salió de ellos hasta el 6, rodeada de reliquias y ceñida con una banda de la Virgen. Así nació Luis XIV, endeble vástago de los Borbones, si bien estaba destinado á levantar el edificio, cuyo asiento había indicado Enrique IV, y que se había ocupado en limpiar y preparar Richelieu sin descanso.

CAPITULO II.

Regencia, Mazarino, la Fronda 1643—1661.

Luis XIII había señalado en su testamento los miembros de un consejo de regencia, que debía ser presidido por el príncipe de Condé. Pero Ana de Austria, que hubo de olvidar entonces cuán joven era y hermosa y amable para dirigirse con prudencia y asegurar el poder, aduló hábilmente las esperanzas rivales del príncipe de Condé y del duque de Orleans. Finjió intención de arreglarse en todo al dictamen del parlamento, que Richelieu había comprimido fuertemente, y que contento con hacer alarde de la autoridad que había recuperado, anuló el testamento del difunto monarca, se tituló tutor del rey niño, y confió la regencia á la reina. Abrieronse las puertas de par en par, y

vióse aparecer á Ana, teniendo de la mano al rey niño, é inclinándose delante de ella una porción de gentiles-hombres para rendirle homenaje.

Julio Mazarino, nacido en Pescina en los Abruzos, de una noble familia siciliana, había estudiado en Roma con los jesuitas, y hecho después la guerra en la Valtelina en calidad de capitán al servicio del papa; no ménos valeroso en arrostrar la espada de un contrario en desafío, que las balas del enemigo en la refriega. Pero no tardó en acreditar una aptitud especial para las negociaciones, y desde la edad de treinta años, se confiaban á su habilidad los intereses de los príncipes.

Uniósele Richelieu para arreglar los asuntos de Francia en Italia, y Mazarino concluyó allí el tratado de Cherasco, que valió al reino la adquisición de Pignerol. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica por ser la única por donde en Roma se podía adelantar camino, fué nombrado vice-legado en Aviñon, y á poco cardenal por el favor del rey, que le hizo tener al delfín en las fuentes bautismales y le llamó al consejo de regencia. Ana de Austria, que en un principio le miraba de reojo como criatura de Richelieu, no tardó en considerarle necesario á su política, ni en darle hasta su corazón; porque conocía que necesitaba apoyo contra la nobleza francesa, de que desconfiaba y que aspiraba á recuperar su autoridad antigua. Hábil, disimulado, juntando una singular sutileza á la experiencia de los hombres y de las cosas, cedía Mazarino en presencia de los hombres y de los sucesos para volver á su tarea en circunstancias más favorables; incapaz de desaliento, creía que el talento podía preparar la fortuna, y el carácter dominarla. Así, antes de dar á uno un empleo, preguntaba: *¿Es afortunado?* su divisa era: *El tiempo es mío*. Sus cálculos eran antes que sus afectos y antipatías, y no hacía ningún caso de las injurias con tal de salir airoso; *dejémosles decir*, repetía, *con tal de que nos dejen hacer*.

Educado Mazarino en la escuela de Richelieu, se aplicó á abatir todo lo que podía oponer obstáculo á la monarquía; pero su condición de extranjero le obligaba á sustituirla habilidad y el artificio á un vigor inflexible. Los que habían sido maltratados por Richelieu,